

Mis diálogos con las campanas

Por Lorenzo Polaino Ortega (1908-1986)

Mi casa solariega de Cazorla, está situada, frente por frente, con la iglesia parroquial de aquella bella ciudad. Desde mi balcón corrido y encristalado, si la puerta y cancel del templo están abiertos, puedo oír misa “*con presencia física*”; desde mi azotea puedo dialogar, sin levantar mucho la voz, con el campanario mudéjar tan cercano. Mi casa tan querida de Sevilla está, cruce de calles por medio, junto al convento y a la iglesia de las Madres Carmelitas; el altar mayor de este templo lo diseñó un gran artista -siglo XVII. oriundo de Cazorla, Luis Ortiz de Vargas; desde la íntima butaca de mi despacho puedo ver la barroca espadaña de la iglesia monjil, ahora bellamente iluminada en las noches oscuras de Santa Teresa, blanquísima espadaña que se recorta sobre el limpio azul del cielo de Sevilla. No es extraño, pues, que yo dialogue con las campanas.

Y no se me objete que es imposible dialogar con campanas cuando sólo resuenan sus voces de bronce: Dialogan los seres que se entienden aunque no pronuncien palabras; dialogan con gestos, pero en silencio, el

cazador y su can que le hace “*la muestra*”; dialogan con los ojos los felices enamorados. No se concibe lección magistral sin unos alumnos que atienden, ni conferencia cultural sin un auditorio que escuche; cuando alumnos y oyentes están abstraídos, pensando en las musarañas, la lección o la conferencia pierden su naturaleza, se degradan, quedan convertidas en simples “*rollos*”; aquella atención de los oyentes el orador

la siente, como siente el cansancio del auditorio cuando éste se cansa; a veces la colaboración activa con una objeción o con una pregunta, pero ello no es imprescindible.

Y, yo escuché siempre atentamente la voz de las campanas, y también, a veces, he colaborado activamente con ellas, como cuando, siendo muchacho, subía al campanario de la iglesia de San José los días de repique por todo lo alto, para voltear el pequeño “*tilín*” que miraba a la

plateresca torre del Carmen, haciendo mi faena bajo las órdenes del “*El Grajo*”, que tal era el mote del campanero parroquial; debo confesar ahora que el ruido ensordecedor de las cuatro campanas echadas a vuelo me producía miedo pánico, que sólo conseguía dominar a fuerza de entereza y buena voluntad.



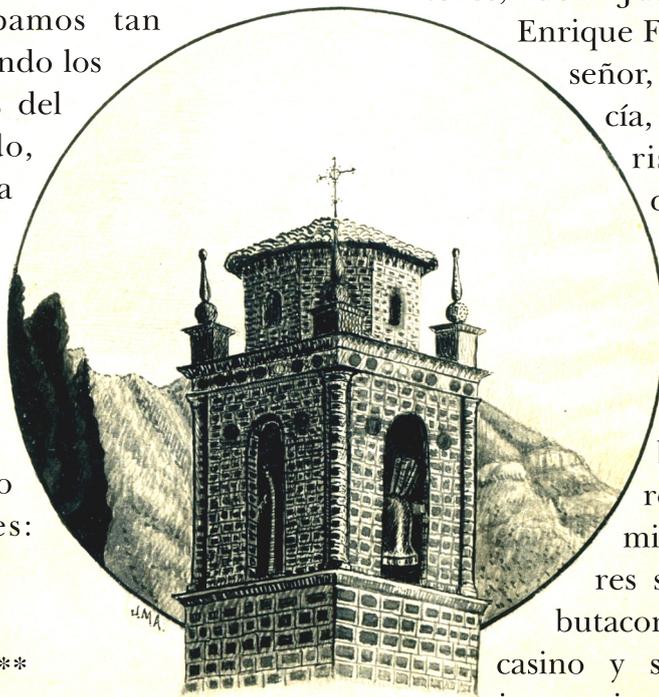
Por cierto que para “*El Grajo*”, que era un viejo buenísimo, feo y gruñón, a quien hacíamos rabiarse cotidianamente los monaguillos -Agustín y Miguel Comino- y yo, no tenía secreto sus campanas, que tañían obedientes a su mandato. Inventó el campanero un sistema de cables que, corriendo sobre el caballete del tejado de la iglesia, le permitía hacer los toques sencillos desde la misma sacristía, sin obligar a sus cansadas piernas a remontar las empinadas escaleras de la torre; y de cuando en vez nosotros, sus pequeños enemigos, inutilizábamos tan cómo invento amarrando los cables a las barandas del campanario. Cuando, “*El Grajo*” se percataba de nuestra mala faena, nos perseguía con un grueso garrote en la mano, que jamás llegó a utilizar mientras nos increpaba iracundo con cascadas voces: “*Polinno, ya ta calao...*”

En mi recordada infancia yo aprendí a interpretar el lenguaje de las campanas. Sus voces eran alegres en las alboradas de la fiesta mayor del Señor del Consuelo, recogiendo el mensaje de llamada -“la vocación”- de las luminarias de la víspera -“*...las adargas avisaron a las mudas atalayas, las atalayas los fuegos, los fuegos a las campanas*”-; eran alegres en su diálogo campanero, con veces de tiple, las esquilas de las ermitas de San Isicio y de la Virgen de la Cabeza, que se hablaban desde lejos, en las tardes primaverales y domingueras de sus respectivas romerías. Y, misterio de la psicología campanil, era triste y alegre a la vez el “*tin-tan*”, rápido y rítmico de las campanas cuando tocaba “*a niño muerto*”; triste porque unos padres quedaban

desolados; alegre porque un zagalillo volaba al cielo.

Yo distinguía los toques de las misas -fiesta solemne, misa mayor, misa rezada, que no eran iguales- y los de “*elevant a Dios*”, los de las novenas, y los del rosario de cada día, a cuyos últimos piadosos actos siempre me llevaba mi abuela, doña María San Pedro, cosido de sus sayas, yo esperaba siempre el toque de ángelus de mediodía, cuando los sacerdotes de mi pueblo -el párroco don Ramón Rojo, y, a sus lados, los coadjutores, don Juan Manuel y don Enrique Faraco, el capellán del señor, don Juan Pablo García, y el único ex-seminarista del pueblo, a quien sus paisanos llamaban cariñosamente “*Paquillo el Prior*”, que estaban paseando en La Corredera, se paraban, se descubrían, y rezaban en voz baja, mientras algunos señores se levantaban de los butacones de la puerta del casino y se descubrían silenciosos; mientras alguna mujeruca

que iba por la calle, se santiguaba furtivamente, y mientras que nosotros jugando ruidosamente hasta que un imperativo siseo, una mirada que quería ser iracunda sin lograrlo, o un doloroso *pezcozón* de don Juan Manuel, nos llamaban al orden; yo escuchaba con miedo el triste toque de agonía, que anunciaba la muerte de una persona -once campanadas si era mujer; doce, si era hombre- siguiéndole el lúgubre doblar a muerto, que entristecía el corazón más templado; no me causaba menos temor el toque de ánimas, en las tristes y lluviosas anochecidas de noviembre, cuando “*el animero*” iba de puerta en puerta, anunciándose con su campanilla, rezando por el eterno descanso de los muertos de



cada casa, y pidiendo una limosna para las ánimas benditas, que en parte se gastaba en vino en la taberna más cercana. Aún recuerdo el lento doblar durante todas las horas del día y de la noche, de todas las campanas de todas las torres, cuando a Cazorla llegó la noticia de la muerte de Pío X; tenía yo seis años mal cumplidos.

Y aunque entonces la Iglesia se preocupaba más de las cosas del cielo que las de la tierra, las campanas también se hacían eco de los grandes acontecimientos mundanos de aquellos tiempos: “*A campana tañida*” se juntaba antaño el Concejo del pueblo para deliberar y resolver sobre el gobierno local, como después, y hasta aun ayer de mañana, a “*toque de juntas*” se reunía en Cazorla, el día de San Isicio de cada año, la Hermandad del Señor del Consuelo -labradores, campiñeses, hortelanos y ganaderos-, para conocer y decidir sobre asuntos cofradieros; el histórico “*toque a rebato*” en los casos de alarma, perduró hasta hace poco en el vibrante y nervioso “toque a fuego”, que convocaba a los vecinos para apagar el incendio: recuerdo el pavoroso siniestro de una almazara de la plaza de la Tejera, con la bodega repleta de aceite; y el de el viejo hospital, antiguo Colegio de la Compañía, en el que el heroísmo voluntario de los albañiles evitó que se corrieran las llamas y que se destruyera la inmediata iglesia del Carmen, templo del siglo XVII, y, arquitectónicamente, el más vello de Cazorla abierto al culto.

Las campanas repicaban alegremente cuando el pueblo tenía

algún motivo de alborozo, así cuando el telégrafo transmitió la noticia del nacimiento del Príncipe de Asturias -año de 1905-. según me contaron, o el fin de la guerra europea del 14, que yo escuché. Y nunca faltó una campana solemne que contara, inexorable, las horas de nuestra vida -las campanas “*todas hieren, la última, mata*”, como la recia y sonora “*campana gorda del reloj*” que antaño cantara las bellas estrofas bíblicas de la anunciación: “*Ecce Ancilla Domini...*”, y ahora anuncia, de vez en cuando el desfile solemne del cortejo municipal, cuando el Concejo, precedido de banda y maceros sale a la calle para un acontecimiento excepcional.

No olvido tampoco mi diálogo con las campanitas sevillanas. La de San Lorenzo, con su macabra leyenda de muertos emparejados, muy del gusto de principios de siglo; la del Gran Poder, con sus dos campanadas secas y emocionantes en la madrugada del Viernes Santo. Las veinticinco campanas de La Giralda, que antes volteaban, con sus campaneros abrazados a ellas, y ahora repican más rítmicas y mecanizadas, pero siempre alegrando los oídos y los corazones de los sevillanos, al salir y al retornar a la gran catedral gótica -obra de locos soñadores de fe- la gran procesión; porque en Sevilla, como en Varsovia, todavía desfila solemnemente por las calles, gracias a Dios, la procesión del Corpus Christi.

Párrafo aparte merecen las campanas de mis monjitas de Santa Ana,



Carmelitas Descalzas, el murmullo de cuyos rezos oigo en las silenciosas horas de la madrugada, a través de mis balcones abiertos. Hasta no hace mucho, entre maitines y horas primas, una hermanita tañía la campana muchas veces, de poco en poco tiempo, llamando a coro; termina uno por acostumbrarse, y su sonido ya no le quita el sueño.

Y contaré que, allá por los años del hambre, nos daban en el economato de funcionarios unos racionamientos mensuales que, sin ser suficientes para asegurar la subsistencia, eran más abundantes que los comunes; en mi casa había doce cartillas familiares, por que

éramos muchos a la hora de sentarnos en la mesa, y durante un verano, en que mi familia estaba en Cazorla, a mediados de julio yo retiré las raciones de este mes y las de agosto que nos las adelantaban; no era mucho, pero sí bastante, atendiendo a la escasez que sufríamos. Como en la víspera de la festividad del Carmen las buenas monjitas se pasaban veinticuatro horas tocando todas las campanas de su espadaña, isin parar un minuto!, yo me apiadé de ellas y les mandé todo el racionamiento adquirido, para que la hermana campanera repusiera fuerzas. La madre superiora me agradeció la limosna con una nota que decía: *“Gracias don Lorenzo, que Dios se lo pague; nos hacía mucha falta. Otros vecinos nos mandan anónimos amenazadores por el repique de nuestras campanas...”*

En estos tiempos que corremos las campanas casi se han quedado mudas; apenas si hablan y, desde

luego, a mí ya no me dicen nada. Groseros y ruidosos altavoces y tablones de aviso de regusto administrativo y burocrático le monan el terreno. Me temo que, entre nosotros, este silencio de los bronces otrora sonoros, pueda acabar con su propia existencia... ¡Sería una lástima!

En cambio, recuerdo que hace un par de años fuí con mi esposa a Munich, para ver a nuestro hijo que estaba estudiando en aquella Universidad. Mi amistad con las campanas hizo que me deleitase con el sonido de las que allí escuché: una dama muniqueña, que fue nuestra anfitriona un día, nos explicó que, siendo Munich un pueblo tan delicado de

sentido musical como el de Austria, cuando se va a instalar una nueva campana en alguna torre, se reúne previamente una comisión formada por delegados del clero diocesano, miembros del Cabildo Municipal y representantes de la junta parroquial, para fijar el tono musical del nuevo bronce, a fin de que tenga armonía con las otras campanas que le circundan. Así, toda la población es un maravilloso carrillón de voces voladoras que suben al cielo.

Pero eso es en la católica Baviera. No en la

Tierra de María Santísima.



*Artículo publicado en el Diario Jaén el
Sábado 7 de Julio de 1973.*

*Se ha ilustrado con unos dibujos publicados en El
Adelantado de Cazorla. 1935 pertenecientes a
Antonio Jiménez y a J. Montoro*